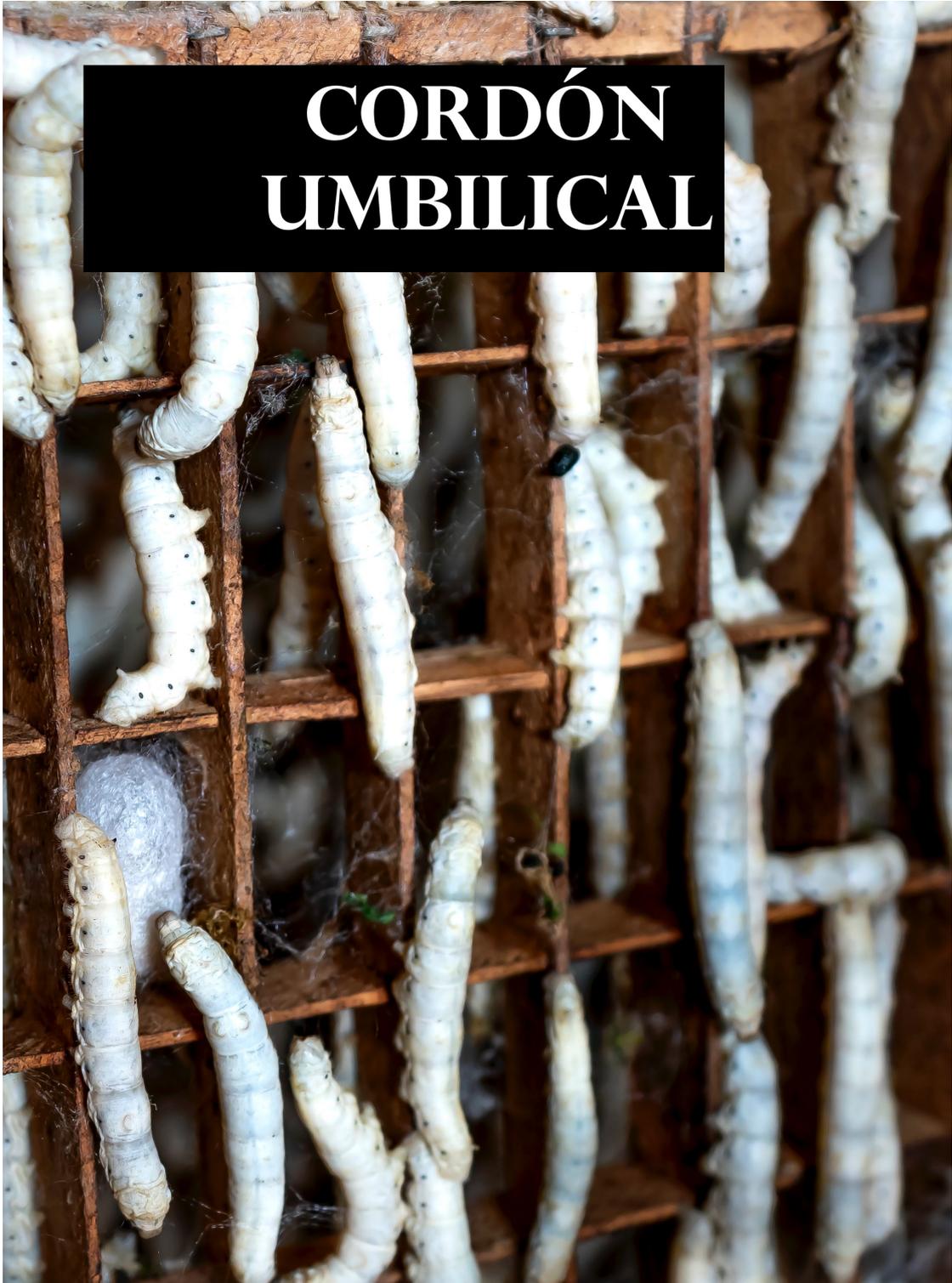


Cordón Umbilical

Ignacio Verdugo



Capítulo 1

Fue un embarazo no deseado y su noticia sólo trajo calamidades dentro de ambas familias conservadoras, las cuales no les agradaba la idea de que tuvieran un hijo bastardo, ya que estos no se encontraban casados. Su novio, por otro lado, estaba en desacuerdo en tener a la criatura por todas las responsabilidades y problemas que traería sus vidas, además de que se consideraba demasiado joven e inmaduro como para ser padre. Agregado a lo anterior, no contaban con la independencia ni con los recursos económicos como para sustentar el criado de un bebé. Andrea sin embargo, se opuso ante todos desde el momento en el que supo que cargaba con una vida en desarrollo dentro de ella. A pesar del temor que sintió cuando el médico le indicó la noticia, también experimentó un júbilo tan grande que sentía mariposas en el estómago. Amó a su retoño automáticamente y deseaba con todas sus fuerzas que llegara el día en que pudiera tenerlo entre sus brazos.

La preocupación de sus padres se podría entender como justificada, ninguna pareja de apenas diecisiete años, los cuales ni siquiera eran adultos legalmente, se consideraría como adecuada como para traer una vida al mundo, por lo que la orden por parte de estos a que abortara no se hizo esperar. Para sorpresa de nadie, Cristóbal, su novio, estuvo completamente de acuerdo con la decisión de sus suegros, sus ganas de ser padre a esa edad era nula. Pero Andrea se negó imperiosamente ante la solicitud y recomendación de sus más cercanos. Debido a lo anterior, hubo conflicto dentro de la familia, todos estuvieron en contra en de ella, y su dolor emocional no se hizo esperar.

No tenía nada en contra de las mujeres que por opción propia deseaban interrumpir su embarazo, mas eso no era para ella. Desde que tiene consciencia siempre deseó ser madre. De pequeña le encantaba jugar con muñecas de bebe, más allá de la influencia social a que lo hiciera por su género. Las cuidaba y mantenía impecables siempre, tanto así que sus vecinos conmovidos por esta actitud le prestaban a sus hijos pequeños para aprendiera a relacionarse con infantes de verdad, los cuales quedaban encantados con su trato amoroso y dedicado, al punto que se emocionaban al verla, e incluso, en una ocasión una niña le dijo mamá por error.

Después de muchas acaloradas discusiones, su familia terminó por entender su fuerte deseo por ser madre, por lo que terminaron aceptando de mala gana esta situación. A su padre, un hombre conservador, no le faltaban las ganas de hacerlo por la fuerza, pero aquella idea macabra y cruel le fue negada por su esposa. Sin embargo el rechazo de este hombre por la criatura que estaba en desarrollo, además de su incesante preocupación por su reputación y el "qué dirán", lo llevó a finamente decidir echar a su propia hija embarazada de su casa, esta vez sin

permitir que su esposa pudiera decir nada al respecto.

Andrea fue recibida en la casa de sus suegros, pero no de muy buena gana. La razón por la que aceptaron que se quedara con ellos era porque le temían más al juicio moral por parte de su dios después de la muerte, que a la opinión pública, aunque tampoco les agradaba pensar en lo que dirían las personas a sus espaldas. El más enfadado por la nueva integrante de la casa fue Cristóbal, el cual fue obligado a hacerse responsable y encargarse de su cuidado. Debió dejar de estudiar y comenzar a buscar trabajo, y además para su mala suerte, no tuvo mayor dificultad en encontrarlo.

El transcurso del embarazo fue un proceso lento y tortuoso, que lastimó su alma hasta lo más profundo de su ser. En un primer momento, Andrea creyó que podría vivir sin el apoyo de sus padres, pero mientras más pasaba el tiempo, más los extrañaba y añoraba que estuvieran con ella, apoyándola y mimándola como se merecía. A veces, cuando salía a dar vueltas por parques para despejar su mente, veía a otras mujeres embarazadas más avanzadas que ella en el proceso de gestación, siendo acompañadas por sus parejas, amigos o padres y surgía un sentimiento de envidia provocado por su total soledad emocional. Sus suegros las miraban con desprecio todo el tiempo, nunca le dirigieron una palabra de apoyo o de aliento, lo único que recibió en aquella familia fue hostilidad reprimida por rostros serios y de poco amigos. Intentaba hacerse la fuerte al respecto, pero aquella tarea titánica era básicamente imposible en su situación actual.

La tenía profundamente preocupada el hecho de que toda su sensación de impotencia estuviera siendo absorbida por su bebé a través del cordón umbilical, ya que nunca en todo los meses de embarazo lo sintió moverse ni pegar patadas desde el interior de su cuerpo. Por las noches a veces temía y pensaba que en realidad no tenía nada dentro de su útero, más que una semilla que nunca se desarrolló, a pesar de que el tamaño de su abdomen sí crecía con el pasar de los meses. En ocasiones creía que era portadora de un cuerpo muerto, que lo único que hacía era alimentarse de su dolor. Intentaba ignorar todos estos pensamientos perniciosos pensando en qué nombre le pondría a su hijo. Finalmente decidió que su nombre sería Mateo, cuyo significado es el regalo de dios. Aquello la ayudó a imaginarse con más claridad a su hijo, lo que también le dio algo de fuerzas para seguir luchando.

Sólo quedaban dos semanas estimadas por los doctores para el momento del parto cuando comenzó la desgracia. Andrea y Cristóbal estaban solos en la casa mientras tenían una fuerte discusión sobre lo que les depararía el futuro como pareja, cuando todo se salió de control. A él le incrementó la ira hasta el punto en el que no pensaba en las consecuencias de sus acciones. Apretó su puño con malicia y le dio un fuerte golpe en la cara que la desorientó y la hizo caerse y rodar por las escaleras hasta el primer

piso de la casa, quedando completamente inconsciente. Una vez Cristóbal reaccionó y tomó consciencia sobre su terrible acción entró en pánico y no supo qué hacer. Parte de él quería escapar y otra quería enterrarla en el patio y hacer como si nada hubiera pasado, aunque rápidamente llegó a la conclusión de que la segunda opción era una completa estupidez. Al final, con lo poco de moral que le quedaba, decidió llamar a una ambulancia. Andrea despertó en el hospital sintiendo un dolor enorme en su vientre. En un principio, no recordaba nada por la contusión en su cabeza, pero lentamente fue recuperando la memoria y notando lo que había sucedido. Una doctora llegó rápidamente a su habitación para informarle lo que le ocurrió y para contarle que desafortunadamente perdió a su hijo producto de los golpes, a lo que obviamente no reaccionó para nada bien. Comenzó a insultar a la profesional y a decirle mentirosa, en tanto intentaba pararse de la camilla a pesar del fuerte dolor físico que experimentaba. Inmediatamente llegaron el resto de ayudantes y enfermeros para contenerla y acostarla nuevamente, pues si bien se encontraba fuera de riesgo vital, su estado de salud aún era delicado. Se vieron en la obligación de amarrarla en la camilla para que no intentara hacer algo violento, pero aquello fue difícil por la resistencia que ponía. Una vez inmovilizada por las fuerzas de las cuerdas, gritó todo lo fuerte que su garganta le permitió, lo cual se escuchó en todo el hospital, haciéndolo parecer más como un asilo psiquiátrico. Después entró también su madre llorando, la cual no veía hace meses. Intentó calmarla y pedirle perdón sincero por haberla abandonado durante el embarazado, momento que les sirvió a los médicos para inyectarle calmantes para que se quedara dormida.

Entrada la tarde, despertó nuevamente de su sueño inducido por los medicamentos, sintiendo además, la cabeza más pesada de lo normal. Vio a su madre sentada en un sillón a un lado, la cual también se había dormido, pero por cansancio. De nuevo fue recuperando los recuerdos de los últimos acontecimientos sucedidos en su vida, mas esta vez no reaccionó de forma violenta a esta cadena de eventos desafortunados. Sólo se limitó a mirar hacia la nada y a pensar en nada.

Después de muchas discusiones entre su padre y su madre, finalmente esta última logró convencer a este terco hombre para que admitieran nuevamente a Andrea en la casa donde nació y se crio, ya que después de todo, era su única hija. Lamentablemente eso no sirvió para mejorar su estado anímico y físico. Andrea nunca volvería a ser la misma desde entonces.

Comenzó a perder el apetito progresivamente, sentía que ya no tenía sentido alimentarse si su hijo ya no se beneficiaba de los alimentos que consumía. Comía casi por obligación de su madre, por lo que perdió bastante peso durante las siguientes semanas. Además de lo anterior, durante las noches no podía conciliar el sueño y en varias ocasiones se quedó mirando al techo durante horas y horas sin mover un solo músculo, esperando que la parca se apiadara de ella y se la llevara al mundo de los

muertos, en donde quizás podría reencontrarse con el hijo que nunca vio la luz del sol iluminando su pequeño rostro. Perdió el contacto con todas sus antiguas amistades y evitaba tener cualquier tipo de contacto social con otros seres humanos. En cuanto a Cristóbal, este fue a juicio por homicidio frustrado, sin embargo, salió en libertad. El juez consideró todo como un terrible accidente producto del calor de las emociones, gracias al buen abogado que contrató su familia. Por otro lado, el padre de Andrea, no se interesó demasiado en el asunto y no invirtió mucho en un profesional competente, por ende, todo el asunto jurídico terminó en un abrir y cerrar de ojos.

La estabilidad mental de Andrea fue en un lento descenso hacía el pozo oscuro de la locura. Con el tiempo comenzó a sentir que escuchaba lloriqueos de bebés por las noches, los cuales la llamaban para que los calmara. Se levantaba de su cama y se disponía a buscar por cada rincón de la casa en completa oscuridad, pero nunca encontraba nada, lo que la desesperaba y la hacía llorar. Este tipo de conductas fue asustando progresivamente a su madre, la cual se atemorizaba cada vez más por las bizarras conductas de su hija. A pesar de lo anterior, la señora intentaba aguantarlo y seguir adelante, pues de lo contrario, la culpa de haber abandonado a su hija no la dejaría jamás. Si bien su padre no demostraba ningún tipo de remordimiento, muy en el fondo de él también existían pensamientos culposos sobre su nefasto comportamiento en el pasado al ver el deplorable estado de Andrea. La llevaron ante psicólogos y psiquiatras, los cuales le recomendaron seguir tratamientos farmacológicos y psicoterapéuticos, pero nada sirvió.

Durante una de aquellas noches siniestras, Andrea sintió dar vueltas en el interior de su cuerpo a una especie de serpiente, la cual intentaba comunicarse con ella. Le decía que estaba incompleta, algo le faltaba, un cuerpo en el que reproducirse. Viendo alrededor, observó a una muñeca de bebé de su infancia que tenía sobre un viejo armario. Entonces se levantó inmediatamente con una idea grotesca dentro de su deteriorada imaginación. Caminó hacia al juguete lentamente, con una sonrisa de oreja a oreja en su cara llena de ojeras y con ambos brazos extendidos como si fuera un zombi en busca de un cuerpo que comer. Tomó al bebé falso con sus manos temblorosas e intentó introducirlo dentro de su cuerpo a través de su boca, pero su tamaño no se lo permitió. Se frustró después de unos minutos sin darse cuenta de que el objeto no caía, y entonces intentó introducirlo por su entrepierna, con el mismo resultado. Perdió la paciencia y comenzó a golpear su propio rostro en un arrebato de ira, pero aquella cosa moviéndose en su interior no la dejaba tranquila, fue cuando otra idea surgió.

A paso lento para no despertar a sus padres, fue a la cocina con sus pies descalzos tocando el frío del suelo, en un estado mental indiferente a cualquier sensación corporal de dolor. Tomó un cuchillo carnicero bastante filoso del cajón de los cubiertos, y comenzó a cortar su zona abdominal

hasta dejar salir aquella cosa en forma de gusano. Introdujo una mano dentro de su cuerpo, y con cautela sacó el cordón umbilical vacío, el cual era mucho más grande que el de uno de tamaño normal. Lo veía moverse como si tuviera vida y ahí se convenció de que esa cosa blanca y larga eran los restos de su hijo Mateo , que deseaban justicia.

Andrea fue hasta la habitación de sus padres con Mateo en una mano y el cuchillo en la otra. Se aseguró de no hacer ningún ruido mientras caminaba, y una vez dentro de la habitación, enterró el cuchillo con una fuerza que no creía tener en la garganta de su padre, provocando que la sangre manchara la cama al instante. Rápidamente y antes de que su madre pudiera reaccionar, tomó el cordón umbilical y lo enrolló en su cuello hasta asfixiarla y matarla por completo. Los primeros culpables ya habían pagado, pero aún faltaban Cristóbal y sus suegros. Pero de un momento a otro, Andrea reaccionó y observó mejor a su alrededor. Ahí se dio cuenta de que en realidad no tenía ningún cordón umbilical en sus manos, en realidad aquello eran sus propias tripas. Su estado mental le impidió ver que también que había dejado un rastro de sangre desde la cocina a la habitación. Los efectos de la hemorragia y el dolor físico se comenzaron a hacer notar, provocando que se desmayara por completo en el suelo en un enorme charco de su propia sangre, en donde moriría unos minutos más tarde observando el techo y pensando en su pobre hijo Mateo, el que nunca vería la luz de la luna iluminar su rostro durante la noche, tal como estaba su fallecida madre en este momento.